

IX

APRENDIZAJE PARA SOLUCIONAR PROBLEMAS PROFESIONALES

José Omar Rodríguez Vallejo

DOI: <https://doi.org/10.53436/AU8523FE>

PRESENTACIÓN

El aprendizaje ha sido estudiado y analizado a través del tiempo, bajo distintas perspectivas, en algunos casos a través de una visión teórica, donde diversas concepciones coinciden o tienen puntos de controversia, y en otras tantas ocasiones se han complementado esos mismos; sin embargo, es necesario dejar de lado estas disputas, ya que el aprendizaje literalmente es continuo y permanente: cada minuto que se avanza, con cierta experiencia que se vive, se aprenden cosas nuevas que se van acomodando a la vida personal, académica y finalmente al desempeño laboral. Además, aprender implica diferentes procesos psicológicos, desde los más básicos a los más complejos.

Este capítulo está dirigido a analizar cómo el alumno del nivel superior adquiere el conocimiento, cómo lo procesa, las necesidades que este acto implica y finalmente el cómo lo practica, al llevarlo a término en la solución de situaciones reales en su ejercicio profesional.

El análisis se dividirá en dos partes, la primera corresponde a cómo el estudiante universitario entiende el aprendizaje, para posteriormente conocer cómo puede ser aprendiz autónomo, y si es necesario que se observe

a sí mismo o no mientras el profesor le ayuda a aplicar el conocimiento a su vida cotidiana y laboral. La segunda sección se refiere a la complejidad del autoaprendizaje. Finalmente se realiza una conclusión acerca de todo el camino que el alumno realiza para aplicar de manera profesional sus conocimientos y si es necesario que siga aprendiendo aún fuera de las aulas.

El objetivo no solo es analizar la visión del aprendizaje, sino las diferentes posturas de algunos investigadores en cada uno de los momentos requeridos en la adquisición del aprendizaje, como lo hace De Luca (2009), al referenciar a Alanis (2003), en cuanto a su concepto de autonomía y cuál es la importancia de tener un objetivo o sentido para lograr un conocimiento significativo, como lo refieren también Pérez *et al.* (2020).

Lo anterior va aunado a la función colectiva que tiene el conocer, según la teoría del aprendizaje sociocultural, propuesta por el psicólogo y pedagogo Vigotsky, entre otros autores referenciados.

Finalmente, se presenta una conclusión sobre el problema del aprendizaje autónomo y de todos los elementos que su práctica requiere para que realmente se pueda hablar de una autonomía ejercida por el estudiante universitario y qué características deben observarse en su desempeño personal, académico y profesional.

1. EL PROCESO DE APRENDER

Aprender no solo incluye emplear la memoria, aunque en la mayoría de las ocasiones se piensa equivocadamente que se tiene que memorizar para comprender la nueva información; se espera que un estudiante universitario demuestre su reciente instrucción a través de las

respuestas que brinde al resolver diferentes problemáticas que enfrentará en el mundo laboral.

Ese es el objetivo del aprendizaje: aplicar el conocimiento obtenido dando solución a las diferentes vicisitudes a enfrentar en el mundo profesional, gracias a la formación integral que se le brinda al alumno durante su preparación académica en las aulas, a través del trabajo colaborativo. Esto sin duda manifestará el nivel de análisis y pensamiento crítico, argumentación y capacidad en la toma de decisiones ante diferentes situaciones.

En el futuro se demostrará la experiencia suficiente para ir afrontando problemáticas o situaciones cada vez más complicadas, pero con acciones más resolutivas y firmes por parte de los estudiantes egresados, ya convertidos en profesionistas dedicados al ejercicio de la disciplina que eligieron desempeñar.

El proceso cognitivo es multifactorial, ya que es necesario que se combinen e integren diferentes factores para que realmente exista aprendizaje, además de mostrar voluntad, este es un elemento básico para llevar a cabo cualquier acción. Si el estudiante aprende es porque existe en el universitario un deseo intrínseco de conocer o de hacerse de un nuevo saber o conocimiento, que a la postre podrá utilizar para resolver una nueva situación o problemática. El nuevo saber aplicado es el diseño de solución ante una situación particular que brinde beneficios o elimine obstáculos que mejoren las condiciones de vida o experiencias para las que en un momento determinado.

Ausubel *et al.* (1978) en su propuesta teórica, reforzada en la teoría sociocultural del bielorruso Vygotsky, entienden que lo aprendido obedece a tres importantes funciones: funcional, activa y constructiva. A

esto se unen las dos dimensiones constitutivas de los conocimientos: lo factual y conceptual, en conjunto con las habilidades y actitudes que los alumnos deben tener.

Se originan así los pilares de la educación: saber conocer, saber hacer, saber ser y saber convivir; reforzados por el lenguaje, que da lugar al aprendizaje profundo, resultado de actividades mentales complejas conscientes, por medio de estrategias (Delors, 1996). Se trata de la combinación de técnicas y habilidades, mismas que puede ser utilizadas por los alumnos de diversas maneras, ya que cada persona aprende a su propio ritmo y estilo, para lograr un resultado real y significativo (Madrigal, 2022).

Como se mencionó anteriormente, paradójicamente, exige recordar; no obstante, eso no es aprender, es memorizar, es accionar un proceso psicológico básico por el mero hecho de recordar el significado.

El aprendizaje implica saberes más un compendio de procesos, necesarios para adquirir una visión integral en cualquier área del conocimiento, porque está estructurado por diferentes componentes que demandan más procesos mentales y actitudinales del alumno, al adaptar la información a diferentes circunstancias y resolver situaciones, con el fin de hacerlo no solo conocedor, sino competente en un área específica del conocimiento o en varias, según sea el caso.

De tal forma que el *Aprender a Aprender* no es solo un engranaje de procesos cognitivos sino también una herramienta que permite al alumno conocer las habilidades que tiene y desarrollar o fortalecer otras, que lo lleven a obtener una autorregulación emocional en la cual se sienta satisfecho y donde la voluntad de aprender más sea una constante.

Lo anterior también es el termómetro para saber qué enseñar, qué asignaturas mantener o dejar de impartir, de acuerdo con las necesidades de la sociedad y de la propia estructura curricular de la carrera que se esté cursando. Además, se requiere la creación de talleres que involucren a los estudiantes para desarrollar nuevas habilidades y mejorar actitudes hacia el estudio o temas de su interés, dando como resultado una formación integral y un desarrollo profesional y eficiente para el mundo laboral.

Con esta nueva estrategia se estarían potenciando en los estudiantes universitarios competencias que de manera independiente son más complicadas de desarrollar. Por ello es preciso que durante el proceso de enseñanza se puedan mostrar alternativas de aprendizaje donde el educando se vea estimulado a analizar, sintetizar, clasificar, organizar y gestionar no solo el tiempo o la forma de adquirir el conocimiento, sino también el cómo gestionar sus emociones para mejorar su interés y voluntad por seguir aprendiendo. No es deseable la mera repetición o memorización del contenido, sino ampliarlo para llegar a un verdadero aprendizaje autónomo, con el que no solo se aprende, sino que se descubren nuevas habilidades, al facilitar el ser capaz de comunicarlas de manera asertiva y correcta, mejorando así el trabajo colaborativo y las habilidades socioemocionales, para ser competente en el ámbito laboral.

Se ha tenido durante mucho tiempo la idea de que el universitario tiene que ser guiado por un mentor o una persona que le brinde seguridad. Se oye la necesidad de aprobación: ¿así está bien profesor? Tal referencia se escucha continuamente en los estudiantes que aún conservan el modelo clásico de enseñanza tradicional. La

autonomía, no obstante, en cada acción y en cada pensamiento del ser humano, conduce a realizar las cosas sin el permiso y guía de otro.

Aunque el alumno aún siente temor de tener libertad para aprender cuando muestra cierta inseguridad, lo que le impide observar que la autonomía puede ser utilizada para construir su propio conocimiento, inclusive al cometer errores y tomar decisiones apresuradas que podrían llevarlo a fracasar en su aprendizaje, pero así también se aprende.

Lo anterior evidencia la necesidad de que un profesor asuma el rol de mentor, evitando con ello la total responsabilidad del propio estudiante. Simultáneamente, es el alumno quien construye su conocimiento al practicar y buscar sus propias enseñanzas con libertad y con ello se logra el crecimiento personal y el desarrollo integral que necesita tener. Para Alanis (2003), la autonomía tiene que ser construida, merecida y ejercida, tendrá como fruto un pensamiento crítico y libre, enriquecido en visión, y con cimientos científicos, morales y filosóficos. Esta es la génesis de un desarrollo personal, no solo en el ámbito cultural sino profesional, pues permite destacar tanto como estudiante como en otros ámbitos laborales y sociales, al demostrar madurez y crecimiento humano.

Este hecho lleva al alumno a comprender y gozar la motivación con la que logra la autorrealización, como lo propusiera en su momento Maslow (1943) con la Teoría de las Necesidades. Al buscar la autonomía se llega a la satisfacción y con ello surge un crecimiento libre, que permite vivir nuevas prácticas y eleva la necesidad de conocimiento, lo cual conduce a preferir aquellas experiencias que aumentan la capacidad intelectual

y permiten innovar y crear un producto con el propio esfuerzo e iniciativa. La búsqueda de conocimientos nuevos o alternativas de mejora, con una visión responsable, potencializa nuevas explicaciones de fenómenos por explorar, durante la formación académica universitaria.

No obstante, esta búsqueda o autonomía no podría ser construida por sí misma o con el solo esfuerzo del estudiante, sino también a través del empeño que los educadores brinden al insistir en que el alumno busque alternativas de solución, respuesta a problemas planteados en el aula. La discusión enriquece el conocimiento, a través de un trabajo conjunto que eleve la dificultad de un problema planteado y en cual se manifiesten diferentes visiones y/o soluciones.

Esto es producto de una tarea libre entre alumno y docente, se requiere mostrar caminos y aprendizajes con un trabajo personal y autónomo, libre de ataduras y viejas costumbres propias de la formación tradicional. Por ello es necesario hablar sobre la importancia que tiene lo práctico en un aprendizaje autónomo, debido a que el docente no es el actor medular del conocimiento, sino que conforma una parte del mismo; mientras que el alumno con su autonomía conforma la otra pieza del rompecabezas. Hay que complementar conocimiento y praxis, es la dualidad que el alumno necesita para crecer profesional y personalmente y poder así afrontar un mundo que exige profesionistas que innoven y sean capaces de tomar decisiones autónomas, seguros de la eficacia que estas tendrán para resolver las diversas problemáticas que se les presenten.

Se aprende solo cuando se le encuentra sentido a lo que se conoce. La heteronomía no es más que la creación de acciones diseñadas por una persona total-

mente ajena al destinatario de la actividad o unidad de aprendizaje. Lo opuesto es fomentar en el estudiante una formación autodidacta que lo lleve a descubrir nuevas interrogantes y que el mismo sea quien encuentre las respuestas a estas. Con ello se hace evidente lo mencionado por Freire (1997), al acentuar la constante necesidad de preparación docente con la finalidad de formar alumnos con un pensamiento crítico y capaces de llevar a buen término y de manera correcta su praxis profesional.

Es así como se ve ahora la formación universitaria; una educación innovadora, libre y autónoma que permite a los alumnos no solo descubrir sus nuevos aprendizajes sino establecer caminos alternos, en los cuáles puedan construir su propio conocimiento y enriquecer el de sus compañeros, al producir una actitud crítica y proactiva. En el ámbito de la educación superior, el aprendizaje autónomo se consolida gradualmente gracias a los años de formación académica y a la madurez emocional alcanzada.

2. EL APRENDIZAJE AUTÓNOMO: ENFOQUE TEÓRICO

La pedagogía es una disciplina en la que se estudian los métodos y técnicas que se utilizan para mejorar el proceso de enseñanza-aprendizaje, con esta actividad aparece una nueva concepción al observar el proceso cognitivo. Diferentes autores indican cómo se lleva a cabo la adquisición de conocimiento en el nivel superior, cómo este aparece y se desarrolla de manera autónoma, buscando madurar el pensamiento crítico y la habilidad autodidacta, así como su creatividad. Las ideas anteriores se han convertido en eje fundamental de la

educación universitaria contemporánea, especialmente en un contexto social y tecnológico que exige estudiantes capaces de gestionar su propio conocimiento.

De acuerdo con Bautista (2005), el entorno familiar y social influye significativamente en este proceso, por lo que el docente debe conocer a profundidad el perfil de sus estudiantes para guiarlos en su desarrollo.

Es relevante plantear una primera pregunta: ¿Qué retos tiene la universidad para hacer realidad el aprendizaje autónomo? La respuesta está en que las instituciones, inmersas en un mundo en constante cambio, en el cuál deben innovar continuamente sus estrategias didácticas, anticipándose a las transformaciones sociales y no solo reaccionando a ellas.

La vida universitaria tiene la clave para una buena formación académica, acompañada de la apertura creativa y de pensamiento crítico, al unir estas habilidades con la autoformación y la capacidad de trabajar de manera colaborativa, pero manteniendo la autonomía de pensamiento y el manejo de las tecnologías de la información, así se lograrán los cambios necesarios.

En la resolución de conflictos y el dominio de habilidades sociales, como lo propondría el informe Delors (1996), hay un acercamiento a los pilares sobre los que recae la educación a través del saber aprender, del saber hacer, del saber ser y sobre todo del saber convivir. La asimilación del conocimiento será significativa una vez que el alumno compruebe que es capaz de resolver problemas y trabajar con otros conservando su autonomía dentro de un aprendizaje continuo y permanente.

Es necesario considerar los elementos mínimos para lograr un aprendizaje significativo que contenga los fundamentos del conocimiento, con el propósito de

ponerlo en práctica durante la resolución de problemas. Este aprendizaje es preciso realizarlo de forma colaborativa, producto de la interacción social que tienen los alumnos al apropiarse de nuevos conocimientos y compartir su propia visión. El pensamiento crítico se desarrolla de manera amplificada, al trabajar un nuevo conocimiento y ver cómo lo aprende el entorno social. En esta interacción el aprender será una experiencia agradable, incluso las emociones van a ser muy recordadas por el alumno.

Cabe señalar que la adquisición de conocimiento va a nutrirse a través de una didáctica enriquecida e innovadora; el alumno va a formalizar su lenguaje.

El objetivo del aprendizaje autónomo no es brindar al alumno el conocimiento, habrá un mejor destino si el docente es la plataforma para que el alumno tenga una meta que cumplir, esto lo va a beneficiar, y creará confianza por ser capaz de lograr lo propuesto y proyectarlo en su vida diaria al aplicar sus saberes en la resolución de problemas prácticos y reales; así es la vida cotidiana que le espera como profesional: la continua resolución de problemas en situaciones complejas.

La asimilación de un nuevo conocimiento es un proceso múltiple que atiende a las características del desarrollo humano, desenvolviéndose a lo largo de fases y a su vez tiene relación con los estilos de aprendizaje. Un camino marca la ruta que el estudiante debe seguir y el otro determina qué estrategia es necesario utilizar. Es así como el estudiante supera la acumulación de conocimiento potencializando sus habilidades y al mismo tiempo dando solución a los problemas que se le planteen (Crispín *et al.*, 2011).

Las estrategias se conciben como el conjunto de acciones dirigidas a cumplir algunas características, como la individualidad y la diferenciación, en concordancia con las capacidades del aprendiz.

La forma de estudiar necesita ser funcional para el estudiante, integrar los conocimientos, la variabilidad de las tareas, las habilidades y las emociones. Lo anterior va a permitir que el estudiante identifique la forma de estudio fructífera y satisfactoria, así el alumno deja de ser un simple aprendiz y se vuelve autónomo.

Sin embargo, para acceder a este proceso es necesario identificar los estilos de aprendizaje, estos son el reflejo de los rasgos cognitivos, afectivos y fisiológicos que intervienen en la adquisición del conocimiento. Cabe señalar que estas diferentes formas de aprender, pasan por cuatro distintas fases que hacen posible la comprensión del conocimiento, son: la parte activa, la reflexiva, la teórica y la fase pragmática, por ello la importancia de conocer la forma en que cada alumno aprende.

¿Pero cómo llegar a una autonomía en el aprendizaje a través de la utilización de las estrategias? Como lo menciona el artículo “CAMEA40: Una opción para el acompañamiento tutorial”, es a través de la aplicación de instrumentos como el Cuestionario Adaptado para Monitorizar los Estilos de Aprendizaje, diseñado por Alonso, Gallego y Honey (Madrigal y Trullillo, 2017, p. 220) en conjunto con la función tutorial, que va a facilitar la interacción y llevar un acompañamiento al tutorado; con esta intervención educativa pueden mejorar los resultados del aprendizaje.

El docente podrá concretar las dimensiones del aprendizaje con los niveles de desarrollo y contenidos,

evitando no solo la deserción escolar, sino también asistiendo a los alumnos para activar sus potenciales, mejorando su aprovechamiento formativo.

El aprendizaje autónomo se ha convertido en un eje fundamental de la educación universitaria contemporánea, especialmente en un contexto social y tecnológico que exige estudiantes capaces de gestionar su propio conocimiento. De acuerdo con Bautista (2005), el entorno familiar y social influye significativamente en este proceso, por lo que el docente debe conocer a profundidad el perfil de sus estudiantes para guiarlos en su desarrollo. Es así como es necesario plantear una pregunta: ¿Qué retos tiene la universidad para hacer realidad el aprendizaje autónomo? La respuesta es que las instituciones educativas, inmersas en un mundo en constante cambio, deben innovar continuamente sus estrategias didácticas, anticipándose a las transformaciones sociales y no solo reaccionando ante ellas. En el ámbito universitario, el aprendizaje autónomo se consolida gradualmente gracias a los años de formación académica y a la madurez emocional alcanzada.

La vida universitaria, en este sentido, desempeña un papel clave para que los futuros profesionales logren no solo adquirir conocimientos, sino también dirigir activamente su proceso formativo. Flores y Meléndez (2017) sostienen que las universidades deben replantearse su función en la sociedad, pasando de un modelo en el que el docente es el único transmisor del conocimiento, a uno en el que el estudiante sea gestor de su aprendizaje, respetando su propio ritmo y estilo.

En México, es urgente que las universidades orienten sus programas hacia la formación de líderes autónomos, creativos y emprendedores, dejando atrás

el modelo del estudiante pasivo. Esto implica romper con los paradigmas de la educación tradicional que aún persisten, donde la memorización y la figura del docente como autoridad incuestionable predominan. Navea (2018) explica que el aprendizaje autorregulado es un proceso complejo que involucra dimensiones cognitivas, motivacionales, actitudinales, sociales y ambientales, y que el docente debe asumir un rol de mediador y facilitador.

La masificación del conocimiento, impulsada por el desarrollo tecnológico y los medios de comunicación (Silva, 2019), plantea nuevos desafíos educativos. Mientras que la escuela tradicional se caracteriza por la enseñanza unidireccional y la pasividad estudiantil, el aprendizaje autónomo fomenta habilidades, valores y destrezas, donde el docente y el alumno aprenden mutuamente.

Dentro de este contexto teórico, la investigación de Vásquez, Morales y García (2020) se llevó a cabo en la Universidad Señor de Sipán, en el Programa Académico de Estudios Generales, aplicando encuestas a 248 estudiantes de segundo ciclo. Respondieron las siguientes preguntas: ¿Los estudiantes tienen su horario de estudio? o ¿Buscan información además de lo solicitado por el profesor?

Los resultados evidenciaron deficiencias significativas en la práctica del aprendizaje autónomo. Un 85,5 % no investiga previamente los temas de clase, aunque el 78,6 % percibe un buen clima de respeto y confianza. Solo el 45,1 % considera importante elaborar un horario de estudio y un 22,2 % nunca estudia por iniciativa propia. Además, el 47,2 % no se esfuerza por

superar las dificultades de aprendizaje, y un 45,2 % no lee libros de autoayuda o superación personal.

En cuanto a la autoevaluación, más de la mitad de los estudiantes solo la realizan esporádicamente, y un 35,9 % nunca reflexiona sobre la elección de su carrera. Aunque el 62,5 % ayuda ocasionalmente a compañeros con dificultades, un 18,1 % nunca lo hace. Estos datos reflejan que, si bien existen avances, la transición hacia un modelo plenamente autónomo está lejos de concretarse.

Los autores concluyen que los principales retos de las universidades para promover el aprendizaje autónomo son: fomentar la investigación previa a las clases, desarrollar hábitos de estudio mediante horarios personales, promover estrategias individuales de autoaprendizaje, estimular la lectura voluntaria y reforzar la concentración en el aula. Además, se requiere que los docentes guíen con respeto procesos de autoevaluación responsables y que la dinámica en el aula favorezca la participación activa.

Si se comparan estos resultados con otras instituciones latinoamericanas, se observa que el aprendizaje autónomo aún presenta un nivel mayoritariamente regular, lo que exige intervenciones psicopedagógicas sostenidas. Formar profesionales autónomos implica que las universidades adopten metodologías que conviertan al estudiante en el principal actor de su formación, vinculando su aprendizaje con un proyecto de vida definido. Sin metas claras, es difícil que el alumno desarrolle un compromiso real con su autoformación.

En síntesis, el estudio revela que el reto no solo radica en dotar al estudiante de herramientas para aprender por sí mismo, sino en generar las condiciones insti-

tucionales y pedagógicas para que ese aprendizaje autónomo se convierta en un hábito consciente y sostenible, acorde a las demandas de una sociedad en constante transformación. Tristemente las conclusiones descritas en el artículo de Vásquez, Morales y García (2020) son reflejo de situaciones que se siguen presentando particularmente en aulas del Campus Universitario de Grupo Educativo Siglo XXI por lo que es urgente innovar e impulsar el aprendizaje autónomo.

CONCLUSIÓN

El aprendizaje no es un excelente proceso de memorización, implica una motivación intrínseca y es necesario que este conocimiento sea llevado a la práctica, pues no es un ejercicio de resguardo de información sino una constante asimilación y procesamiento de datos, para dar respuesta a las diferentes necesidades que el entorno social, familiar, académico y profesional esperan. El aprendiz puede llegar a satisfacer tales demandas al contar con un pensamiento crítico y analítico que pueda ofrecer soluciones eficaces e innovadoras que permitan demostrar que es competente.

Todo esto lo podrá lograr una vez que el estudiante de nivel superior pueda expresarse de manera satisfactoria con respecto a planteamientos que vengan de su propia experiencia educativa autónoma, autodidacta y crítica, que pueda cuestionar soluciones inmediatas y brindar otras tantas seguro de que las soluciones que plantee estén sustentadas de manera teórica y práctica y con un alto grado de factibilidad y con resultados satisfactorios.

Estas actitudes podrán ser posibles ya que al estudiante, durante su formación en las aulas universitarias, se le brindaron las herramientas necesarias, gracias a la adecuada percepción de su forma de aprender, implementando estrategias con el acompañamiento tutorial que tuvo durante su pasaje por los salones de clase.

Por tal motivo es necesario que la universidad, en el caso particular de Grupo Educativo Siglo XXI, continúe implementando el pensamiento crítico y la formación de líderes autónomos y autodidactas. De esta forma el alumno universitario disfrutará de la adquisición del conocimiento al encontrar un sentido agradable a lo que aprende. Buscará no solo una consulta creativa, sino motivada por la posibilidad de una mayor riqueza de información acerca de temáticas que, al ser parte de su interés, también son parte de su formación académica y profesional. Por tanto, experimentará de manera continua el cumplimiento de objetivos a través del trabajo colaborativo e interdisciplinario, al ser un estudiante autónomo, donde conocer más acerca de una temática no se dará por la simple exigencia de una problemática en particular, sino por el solo placer de saber y hacer más.

REFERENCIAS

- Alanis, H. (2003). *El saber hacer en la profesión docente*. Trillas.
- Ausubel, D. P.; Novak, J. D. & Hanesian, H. (1978). *Psicología educativa: Un punto de vista cognoscitivo* (2ª ed.). Trillas.
- Bautista, Y. del R. (2005). La autonomía del alumno en el aprendizaje. Reto del nuevo Modelo Educativo del

- IPN. *Innovación Educativa*, 5(25), pp. 41-54. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=179421454005>
- Crispín, M. L.; Esquivel, M.; Loyola, M.; & Fregoso, A. (2011). ¿Qué es el aprendizaje y cómo aprendemos? En Crispín, M. L. (Comp.) *Aprendizaje autónomo: Orientaciones para la docencia*. Universidad Iberoamericana, pp. 10-28. http://biblioteca.clacso.edu.ar/Mexico/dcsyp-uia/20170517031227/pdf_671.pdf
- Delors, J. (1996). *La Educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI*. UNESCO. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000109590_spa
- De Luca, C. (2009). Implicaciones de la formación en la autonomía del estudiante universitario. *Electronic Journal of Research in Educational Psychology*, 7(2), pp. 901-922. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=293121945015>
- Flores, L. D., & Meléndez, C. F. (2017). Variación de la autonomía en el aprendizaje, en función de la gestión del conocimiento, para disminuir en los alumnos los efectos del aislamiento. *Revista De Educación a Distancia (RED)*, 17(54), pp. 1-15. DOI: <http://dx.doi.org/10.6018/red/54/7>
- Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XXI.
- Madrigal, A. de J. (2022). Estrategias y aprendizaje autónomo. *Revista de Estilos de Aprendizaje*, 15(Especial 1), pp. 149-157. <https://doi.org/10.55777/rea.v15iEspecial.4594>
- Madrigal, A. de J. & Trullillo, J. M. (2017). CAMEA40 Una opción para el acompañamiento tutorial. *Revista*

- Estilos de Aprendizaje*, 10(20), pp. 220-239. <https://doi.org/10.55777/rea.v10i20.1063>
- Maslow, A. H. (1943). A theory of human motivation. *Psychological Review*, 50(4), pp. 370-396. <https://doi.org/10.1037/h0054346>
- Navea, A. M. (2018). El aprendizaje autorregulado en estudiantes de ciencias de la salud: recomendaciones de mejora de la práctica educativa. *Educación Médica*, 19(4), pp. 193-200. <https://doi.org/10.1016/j.edumed.2016.12.012>
- Pérez, C.; García, F.; Vázquez, V.; García, E.; & Riquelme, V. (2020). La competencia “aprender a aprender” en los grados universitarios. *Aula Abierta*, 49(3), pp. 309-323. <https://doi.org/10.17811/rifie.49.3.2020.309-323>
- Silva, E. (3 de febrero de 2019). El aprendizaje autónomo en educación superior. Entrevista con Joan Rué. *OTRAS VOCES EN EDUCACIÓN*. <https://otrasvoceseneducacion.org/archivos/299512>
- Solórzano, Y. (2017). Aprendizaje autónomo y competencias. *Dominio De Las Ciencias*, 3(Número especial 1), pp. 241-253. <https://dominiodelasciencias.com/ojs/index.php/es/article/view/390>
- Vásquez, A.; Morales, H. & García, O. (2020). Estrategias de aprendizaje de los estudiantes de la Universidad Señor de Sipán. *Revista Hacedor*, 4(1), pp. 15-25. <https://doi.org/10.26495/rch.v4i1.1284>